

# Origen de la Cofradía burgalesa de Sta. Bárbara

(Continuación).

NUESTRO PLAN DE INVESTIGACIONES.—Con el propósito de llevar a cabo un análisis de conjunto que abarque todas las opiniones antes citadas, y las demás que sean posibles, formaremos un plan metódico para estudiar sucesivamente cada una de las hipótesis siguientes:

1.<sup>a</sup> Existía el patronato de Santa Bárbara sobre los artilleros españoles con anterioridad a la guerra de Granada por los Reyes Católicos.

2.<sup>a</sup> Nació durante esta guerra, debida a la coincidencia de fechas en la conquista de Baza o trayéndola los artilleros alemanes y franceses.

3.<sup>a</sup> Vino de Italia cuando combatían en aquella península las tropas españolas mandadas por el Gran Capitán.

4.<sup>a</sup> La trajeron de Flandes Felipe el Hermoso o Carlos V.

1.<sup>a</sup> HIPÓTESIS.—No puede ponerse en duda la devoción que desde antiguo tenían los españoles a Santa Bárbara, como protectora contra rayos y centellas y para comprobarlo basta acudir a un libro titulado «Vida, martirio y prodigiosos milagros de Santa Bárbara», publicado por Fr. Francisco de Jesús María el año 1684, de donde copiamos lo siguiente:

«Fué tanta la estimación que los egipcios hacían de sus reliquias »que habiendo el Rey D. Pedro de Aragón por los años de mil tres/ »cientos sesenta y seis, enviado sus embajadores al Gran Sultán Em- »perador de Babilonja, como refiere Braham Brocio, continuador de »los Anales Eclesiásticos que comenzó el Cardenal Baronis, en el to- »mo 14, citado por Zurita, para que dexase venir libres a sus Reynos »a los catalanes y aragoneses que tenía prisioneros en Egypto, pidién- »dole juntamente el cuerpo de Santa Bárbara por la gran devoción »que a esta gloriosa Virgen tenía, y concediéndoselo todo el Empe- »rador Bárbaro, ellos por no privarse de un tan rico tesoro en quien »tenían afianzado su universal alivio y consuelo le ocultaron de »suerte que los enviados del Rey y los Ministros que por parte y »orden del Sultán habían ido para hacer la entrega no le pudieron »descubrir por diligencias que hicieron ni por promesas que ofre- »cieron.

»El Doctor Christóbal Lozano en el primer tomo del Hijo de David, en un Panegírico que con agudo ingenio hizo de la ilustre Mártir, dice: Que por especial devoción que el Rey D. Alonso el Sabio tenía a esta esclarecida Virgen y mostrarse agradecido al beneficio que la Santa le hizo cuando en el Alcázar de Segovia les libró de un rayo a él y a su mujer la Reyna doña Violante, envió al Cayro, donde hoy está el Sagrado Cuerpo en un suntuoso Templo a ella dedicado, a su valido el excelentísimo señor Duque de Medina-Sidonia don Alonso de Guzmán el Bueno (tronco de esta insignie Casa y Ducado) para que a su costa traxese el sagrado Cuerpo, y los del Cayro no quisieron darle por tesoros y partidos que les ofreció. Rara excelencia de esta gloriosa Santa que hasta los Paganos hacen tanta estimación de ella. que siendo tan codiciosos. no la quisieron soltar a vista de una gran suma de dinero que por las sagradas Reliquias les ofrecieron».

Respecto de que esta devoción se extendiera a los que manejaban la artillería no existe prueba alguna y nos basta analizar la opinión del Patriarca de las Indias, que no fué conocida por Arantegui, para comprender su falta de fundamento.

Su cita referente al tren compuesto de seis bombardas y cien truenos menores que en 1406 mandaba Fernán Gutiérrez de la Vega la toma de: «Memorial Histórico» de Sallas y, según dice Lafuente, Gutiérrez de la Vega era el Mayordomo Mayor del Infante D. Fernando. En la Crónica de D. Juan II se dice, refiriéndose al sitio emprendido contra Zahara por las tropas que levantaron las Cortes de Toledo, poniéndolas al mando del Infante «Los bombarderos eran tales que tiraban días que no acertaban en la villa».

Al retirar la artillería que se había empleado en este sitio se organizó su transporte en la forma que expone un documento contenido en la crónica y copiamos en parte:

«Juan Fernández de Bobadilla tomará cargo de llevar la bombardas grande con su curueña e de las carretas e bueyes que la han de llevar, e hombres que han de ser doscientos.

»Suer Alonso de Solís la bombardas Gijón y sus pertrechos y ganado con ciento y cinquenta hombres.

»Juan Sánchez de Aguilar que tome cargo de llevar la bombardas de la Bahía e las carretas e bueyes con ciento y cinquenta hombres.

»Juan Sánchez de Londoño que tome cargo de las dos bombardas de fuslera con doscientos hombres.

»Fernán Sánchez de Badajoz y Gutier González de Torres, que tomen cargo de llevar diez mantas, cada uno cinco, con los pertrechos que les pertenecen y ciento y cinquenta hombres.

»Juan Hernández de Valera que tome cargo de llevar los pertrechos de la mina o del alquitrán e de las carretas e bueyes e hombres que lo han de llevar, que son menester cien hombres.

»Diego Rodríguez Zapata que tome cargo de llevar toda la pólvora con ochenta hombres. (Este Zapata era el copero de D. Enrique).

Seguían partidas semejantes, transportando paveses, escalas, pasadores, fraguas, muelas y otras herramientas, los materiales como

fierro, carbones, tacos, y para las piedras lo que se llevaba eran hombres encargados de labrarlas sobre el mismo campo.

Los cien tiros o truenos menores los llevaba un solo conductor con poca gente, lo cual corrobora la opinión de que no eran piezas de artillería, sino armas portátiles rudimentarias.

Contra Antequera, en 1410, según dice Lafuene, «jugaron lombardas, a pesar de la que los moros tenían colocada en la torre del homenaje y causó grandes destrozos en las huestes cristianas hasta que un diestro artillero alemán que militaba en el campo castellano logró con certera puntería apagar sus fuegos».

Aun cuando estos artilleros, españoles o alemanes hubieran invocado a Santa Bárbara al cargar ó disparar sus bombardas, lo cual no está probado, es de suponer que durante los calamitosos tiempos en que reinaron en Castilla Juan II y Enrique IV, no cabe esperar que subsistiera una organización, mas o menos embrionaria, pero con la necesaria continuidad para que esta piadosa costumbre arraigara entre los encargados de manejar la escasa artillería que se empleó en las frecuentes revueltas que ensangrentaron el suelo castellano durante el siglo XV.

2.<sup>a</sup> HIPÓTESIS.—Podemos descomponerla en tres partes, estudiando primero la organización de la artillería que llevaron los Reyes Católicos a la guerra de Granada y después lo ocurrido en la conquista de Baza, así como la posibilidad de que trajeran esta costumbre los artilleros alemanes y franceses que vinieron para esta guerra, como habían venido a otras anteriores, según hemos visto antes.

Para dilucidar las dos primeras partes necesitamos acudir a los dos cronistas contemporáneos. Pulgar, como secretario de la reina Isabel, tuvo a su disposición el archivo oficial, y Bernáldez, cura en la aldea de los Palacios, próxima a Sevilla, pudo recoger noticias traídas directamente de las tropas y proveedores que regresaban de los campamentos, de manera que si el primero escribe la historia oficial, éste último puede ser considerado como un historiador popular, complementándose una a la otra las dos crónicas.

Las ediciones que utilizamos son: de Pulgar la impresa en Valencia en 1780, y de Bernáldez la de los «Bibliófilos andaluces», Sevilla, 1870.

Al empezar la guerra en 1482, poco después de la toma de Alhama por los cristianos, vemos a la reina Isabel reuniendo lo necesario para atacar a Loja, y entre otras cosas «mandó traer lombardas e otros muchos tiros de pólvora», los cuales no fueron de utilidad porque los defensores de Loja salían a combatir fuera de las murallas y derrotaron a los cristianos, poniendo en peligro la vida del mismo rey D. Fernando, el cual con su intervención personal logró levantar el real «y toda la artillería» dice Pulgar, mientras que Bernáldez asegura que se perdieron algunos tiros de los cuales fueron cuatro o cinco robadoquines (o sean piezas ligeras). Esta noticia hace suponer que no llevarían lombardas gruesas, puesto que hubieran sido las primeras en perderse, como se perdieron tiendas, trigo, vino y otros mantenimientos.

Esta derrota fué de utilidad porque sirvió a D. Fernando para apreciar el poder de los moros y como consecuencia de ella, dice Bernaldez, «hizo hacer sobre lo que tenía muy gran artillería de tiros de pólvora en Huezma e muchos robadores, e guarnieron mucho de todas las cosas necesarias para la guerra, hé hizo hacer sobre lo que tenía muy gran artillería y muy grandes lombardas y labrar en esta Andalucía muchas piedras para ella y en la sierra de Constantina muy mucha madera para la dicha artillería».

Al movilizar las tropas para emprender la campaña del año siguiente (1483), D. Fernando se proponía solamente talar los árboles y arrasar las cosechas y por este motivo el ejército se componía de diez mil caballos, veinte mil combatientes a pie y además otros treinta mil peones que iban solamente a talar, protegidos por las tropas. La artillería, que marcha unida al «fardaje» no debió ser numerosa y vemos utilizar solamente dos ribadoquines contra los muros de Illora, para evitar que sus defensores, tirando saetas y espingardas impidieran la quema de las mieses.

Cuando llegaron frente a la fortaleza de Tajara, los capitanes disucieron si convendría atacarla «no llevando bombardas gruesas».

En la primavera de 1484 se organizó otra «tala» y no pudiendo mandar la expedición el rey D. Fernando, quien se hallaba en Victoria, encargó la organización de las tropas a su Tesorero y a su Secretario Francisco Ramírez de Madrid, sin que se mencione para nada la artillería. Nombramos a Ramírez porque más adelante fué el encargado de mandar la artillería.

Llegada la Reina a Córdoba «mandó traer gran número de carros, madera, hierro, piedras y maestros para labrarlas y todas las otras cosas necesarias para las lombardas y otros tiros de pólvora de su artillería según la orden que daban los maestros que hizo venir de Francia y Alemania, que tenían aquel cargo».

Al reunirse los capitanes en consejo presidido por D. Fernando para formar el plan de campaña, se convino en que las talas nunca podrían ser extendidas a todo el reino, como hubiera sido necesario para obligar a los moros a entregarse por hambre, y mientras se estuviese sobre una villa se talaba su contorno, pudiendo tomar las villas con fuerza de la artillería.

Salió la expedición llevando gran número de carros con la artillería y una gran parte de los peones iban delante por las sierras y puertos allanando caminos en los lugares ásperos para que pudiesen pasar los carros.

Llegado frente a Alora, «el rey mandó asentar la artillería, haciéndola tirar a ciertas partes del muro y de las torres. Asenadas las bombardas grandes y comenzado a tirar, derribaron dos torres y una gran parte del muro. Los moros trabajaron para levantar otro muro de tapia por dentro, pero los ribadoquines y otros tiró de pólvora tiraban tantas veces a aquella parte donde el muro había caído, que los moros no tenían lugar de hacer ninguna defensa por dentro, y si algunos trabajaban eran muertos o lisiados por

»la gran muchedumbre de artillería que continuamente tiraba. Los moros se rindieron sin esperar el asalto.

Después continuaron dedicados a la tala hasta que sufrieron una derrota y se retiraban cuando la Reina envió a decir que se debía poner sitio a otra villa, porque aún quedaba tiempo de verano para hacer guerra.

Se fué contra Setenil; sus defensores salieron a escaramucear, pero recibiendo daño de los tiros de pólvora, cerraron y tapiaron las puertas de la villa; los tiros empezaron a combatir las murallas pero no la podían «empezar ni cojer» (o sea que no daban donde querían, sin duda porque estaban demasiado lejos), por lo cual durante la noche se pusieron las lombardas grandes debajo de los muros y a raíz de la puerta y tiraron a dos torres grandes que estaban a la entrada de la villa y a los tres días las derribaban con un gran pedazo de muro. Entre tanto, otros tiros de cerbatanas, pasavolantes y ribadoquines tiraban a las casas, las derribaban y mataban gente. A los quince días de cerco los moros se dieron a partido.

Para la campaña de 1485 mandaron traer «gran número de bues» yes de Avila y Segovia, carros para llevar las bombardas y otros «tiros de pólvora, viniendo con ellos carpinteros y herreros que andaban siempre en los reales y demás sitios donde estaba la artillería y maestros lombarderos y pedreros que hacían piedras y pelotas de hierro, otros solían hacer pólvora. De cada lombarda se encargaba un hombre que solicitaba la pólvora y aparejos necesarios. Mandaron que dos Capitanes con gente a caballo y a pie tuviese la guarda de la artillería y de la pólvora».

La artillería partió conducida por mil carros (o mil quinientos según Bernáldez) llevando delante gran número de peones con picos y azadas.

Llegados a tierras de Málaga el rey estableció su campamento en un sitio central y envió destacamentos provistos de artillería a sitiar al mismo tiempo las tres villas fortificadas de Cartama, Coin y Benamaquex. El sonido de las lombardas que tiraban contra Cartama era tan grande, que lo oían desde otras villas, y al saber que se había entregado, lo hicieron también. En Coin las lombardas gruesas derribaron una parte del muro y en Benamaquex no fué necesario emplear más que algunos tiros pequeños.

Reunido todo el ejército, se emprendió el sitio de Ronda y frente a ella la artillería se asentó en tres lugares para batir otros tantos sitios del arrabal. Las lombardas gruesas en cuatro días derribaron el pretil, las almenas y todo lo alto de tres torres con un pedazo de muro donde morían muchos moros y con los ribadoquines y otros tiros de pólvora les impedían la defensa, facilitando el asalto.

Después el Rey mandó adelantar la artillería dentro del arrabal, asentándola en los lugares que eligieron los maestros, armáronse los cortaos y los maestros de la artillería confeccionaron pellas grandes de hilo de cáñamo, pez, alquitrán y pólvora, con otros materiales de tal manera que poniéndoles fuego echaban llamas y centellas espantables, quemando todo cuanto alcanzaban; su fuego duraba mu-

cho y no se le podía apagar. Hicieron pelotas de hierro, redondas, grandes y pequeñas, en molde, con el metal derretido y con ellas causaban gran estrago. Las bombardas grandes tiraban tanto que derribaron gran parte de las almenas y otras defensas que había en las torres y además del muro de la ciudad por todas partes tiraban los cortaos, y era tal el ruido que hacían los tiros de la artillería tirando constantemente, que los moros no se oían unos a otros y no podían dormir ni sabían donde resguardarse porque mientras las lombardas derribaban los muros, los cortaos derribaban las casas. Cuando los moros trataban de reparar los destrozos en el muro, los tiros de pólvora medianos que tiraban continuamente no los dejaban acercarse.

Todavía en el otoño del mismo año se empleó la artillería contra los castillos de Cambils y Harrahal, que se encontraban en lo alto de unas peñas muy grandes y rodeados por todas partes de altas y grandes sierras. La artillería quedó detenida a tres leguas por la fragosidad de las montañas y la reina mandó seis mil hombres para allanar el paso, formando un piso con piedras y troncos de alcornoque, en lo cual se tardó doce días.

Asentada la artillería contra Cambils, el primer día tiró 140 piedras y derrumbó dos torres y las almenas y otras defensas que estaban sobre una puerta. Cuando los moros se asomaban, los ribadoquines y otros tiros los derribaban. La misma noche se rindieron los dos castillos.

Para la campaña de 1486 se condujo la artillería en dos mil carros, llevando delante los acostumbrados seis mil peones y los maestros que hacían puentes de madera.

Marcharon otra vez sobre Loja y al atacar el arrabal se asentó la artillería para que tirase a cuatro partes del muro. Después tiró un día y dos noches contra la ciudad, abriendo grandes portillos y a través de ellos los ribadoquines y otras piezas menores derribaban las casas y mataban gente. Los cortaos echaban piedras en alto y caían sobre las casas y las piedras eran tantas que los moros no sabían dónde resguardarse, no pudiendo reparar los muros porque con tantos tiros eran muertos enseguida. Los maestros de artillería tiraron con los cortaos tres pellas de fuego que subían en el aire echando centellas, cayeron sobre tres casas y quemaron las casas donde cayeron y otras cercanas.

Tomada la villa, fueron a cercar a Illora, y en la marcha la artillería llevaba delante carros con madera para hacer pontones y poder pasar las acequias. Se colocaron dieciocho lombardas gruesas y además de ellas otros tiros y cortaos, pasavolantes y cerbatanas tiraron y derribaron algunas torres y gran parte del muro. Los cortaos y ribadoquines tiraban a las casas del arrabal, pasándolás y matando gente, siendo tanta la diligencia que se puso en los tiros que los moros se podían dormir, ni comer, ni se veían unos a otros.

La artillería llegó al campo sitiador un lunes, el miércoles empezó a tirar y el jueves bien de mañana se entregaban los moros.

La fortaleza de Moclín, que se atacó después, era muy fuerte por

sus obras y por la escabrosidad del terreno. Hechos los carriles para la artillería llegó ésta y en un día y una noche derribó gran parte del muro. Los maestros lanzaron una pella de las que lanzaban centellas de fuego y subían en el aire y por suerte cayó en la torre donde tenían guardada la pólvora y la quemó toda con la gente y casas cercanas. Este episodio aparece representado en uno de los respaldos de la sillería baja en el Coro de la Catedral de Toledo (en el lado de la epístola, el primero que se encuentra a la derecha de la escalerilla). Los 54 respaldos de esta sillería representan episodios de la guerra de Granada y fueron tallados inmediatamente después de terminar la conquista puesto que maese Rodrigo Alemán cobró su importe en 1494.

Estas tallas tienen extraordinaria importancia como documento, históricos, porque maese Rodrigo debió tener en cuenta las noticias que llegarían a Toledo traídas por los mismos combatientes, al tratar de reproducir las fortalezas, armas y disposición de las tropas, y cuando tuviese que colocar los principales personajes, podía esculpir verdaderos retratos y aun cuando por el tamaño de las figuras no fuese posible distinguir en ellas la fisonomía, es indudable que para los trajes y actitudes debió tener en cuenta detalles característicos de cada uno.

En la escena de Moclín se ve en primer término el «cortao» que había lanzado la «pella» y a su lado el «maestro» que debió dispararle. A ambos lados hay guerreros a caballo, en el fondo las murallas y en la torre de la izquierda las llamas y una grieta en zig-zag. Por la puerta de la villa salen los moros a entregarse, representados con grandes barbas.

El año 1487 los Reyes se propusieron tomar a Málaga, que era la ciudad más grande y fuerte que tenían los moros en la costa. En la relación de las fuerzas que concurren aparece ya Francisco Ramírez de Madrid al frente de la artillería, aun cuando su custodia corre a cargo del maestro de Alcántara y se le asignó el mejor camino, llevando el resto de las fuerzas por otro lado para que los bueyes que conducían la artillería encontrasen yerba fresca sin que los caballos que fuesen delante la hubieran consumido.

El primer sitio que debía ponerse era en el de Vélez-Málaga, y a causa de las lluvias, que habían hecho crecer los ríos, y de la fragosidad del terreno, la artillería no andaba más que una legua cada día porque había que romper peñas y abrir pasos y sólo después de diez días llegaron 1.500 carros con las lombardas medianas, pasavolantes, cerbatanas, ribadoquines y otros géneros de artillería, quedando en Antequera las lombardas gruesas.

El rey moro apareció con un cuerpo de tropas, amenazando la artillería que estaba marchando lentamente a través de la sierra, suponiendo que sus guardas no podrían concentrarse sobre el punto atacado a causa de la longitud de la columna y si los que sitiaban a Vélez Málaga enviaban fuerzas a socorrerla sería llegado el momento de caer sobre los restantes al mismo tiempo que salían los de la ciudad.

Un destacamento cristiano atacó al rey moro durante la noche, tirando tiros de artillería a la luz de las grandes fogatas que habían encendido los moros y al amanecer estos emprendieron la huida, abandonando muchas armas.

Cuando los de Vélez-Málaga vieron asomar la artillería y todos los cerros y puertos hechos caminos y carriles llenos de carretas de bueyes con las lombardas y gran multitud de tiros de pólvora, se entregaron.

Al marchar hacia Málaga se mandó cargar la artillería en las naves y aparejar todos los navíos. «La artillería se sacó de las naos, »legan otras dos naos armadas que venían de Flandes, en las cuales »el Rey de los Romanos, hijo del Emperador, envió ciertas lombardas y tiros de pólvora con todos los aparejos que eran necesarios.

»Para hacer los pertrechos necesarios a la artillería había muchos oficiales herreros, carpinteros, hacheros, fundidores, albañiles, »pedreros, que buscaban minas de piedras y otros que las labraban, »azadoneros, carboneros que hacían el carbón para las fraguas, y »esparteros que hacían sogas y espuestas. En cada oficio había un »ministro que cuidaba de los oficiales y de darles todo lo necesario. »Había un gran número de carretas y por cada cien había un ministro con maestros que las reparaban. Había maestros de hacer pólvora, que se guardaba en cuevas debajo de tierra y había trescientos que hacían estas cuevas y las guardaban día y noche.

»Mandó traer de las Algeciras, que estaba despoblado, las piedras de lombarda que el rey D. Alfonso el bueno su trasbisabuelo »hizo tirar contra aquellas dos ciudades cuando las tuvo cercadas.

»Francisco Ramírez, Capitán de la artillería subió cinco lombardas gruesas y otros tiros medianos y menores al cerro situado frente »a Gibralfaro.

»En la estancia del Maestre de Santiago se colocaron seis lombardas y otros tiros. Lo demás se repartió en otros lugares porque los »moros tiraban tantos tiros de pólvora que no se podía trabajar.

Durante el sitio se acabó la pólvora y el rey envió galeras a Valencia, Barcelona y Sicilia pidiéndolas también al rey de Portugal y de todas las partes las enviaron, pero se tiraba tanto que nunca bastaba la que traían por mar y tierra.

«Aun cuando la artillería había derribado muros y torres de los »que rodeaban el arrabal, la muralla de la ciudad estaba intáctá »por otras partes y no se podía reunir el número de tiros de lombardas gruesas necesarias para abrir brechas que facilitaran el asáto »a una ciudad cuya guarnición era tan numerosa.

En vista de ello, «se hicieron mantas reales, mantas de carretones »encorados con cuero de vaca, manteletes, bancos pinjados, encorados »de manera que no pudiese prender el fuego para con ellos cavar el »muro. Hicieron bastidas de diversas formas con capacidad para cien »hombres cada una, grúas y torres de madera, de éstas salían escalas cubiertas de madera por los lados para echar sobre los muros »y a estas escalas estaban unidas otra para descender del muro »abajo. Mandaron hacer galápagos de madera gruesa y cubiertos de »cuero y otras escalas compuestas y otras cosas».

Estas máquinas no llegaron a emplearse porque, no atreviéndose la Reina a ordenar el asalto por temor a un fracaso, se esperó a que se rindieran por hambre a los tres meses de sitio.

Como resumen de cuanto acabamos de referir, podemos afirmar que al empezar la guerra solamente se disponía de una artillería muy escasa y poco potente, siendo preciso traer maestros extranjeros y con su dirección, además de la actividad desplegada por la Reina, la artillería fué aumentando considerablemente y mejorando su organización, a pesar de lo cual, cuando se trató de sitiar a Málaga, que era una ciudad grande y bien defendida, no bastó y tuvieron que pensar en efectuar el asalto con las antiguas máquinas.

No hay el menor indicio de que durante esta guerra los artilleros que se iban agrupando en número cada vez mayor para manejar esta artillería que se conducía en dos mil carros, celebrase el culto a Santa Bárbara, y si durante las operaciones activas de la guerra los continuos trabajos que realizaban no les dejarían tiempo para pensar en fiestas, durante el invierno los peones y conductores eran licenciados para ahorrar gastos y los maestros de las diversas especialidades se dedicarían a preparar el material necesario para lá campaña del año siguiente distribuidos por diferentes lugares y tampoco tendrían ocasión de celebrar actos colectivos.

MIGUEL RIBAS DE PINA.

*(Continuará).*